

COMISIÓN DE MONUMENTOS DE GUIPÚZCOA**VELADA EN HONOR DE COLÓN**

DISCURSO DEL SR. D. CARMELO DE ECHEGARAY

Los bascos en el descubrimiento y colonización de América**SEÑORES:**

Tengo que encomendarme á vuestra benevolencia, no por fórmula de mera cortesía, sino por imperiosa necesidad. Y confiado en que me la otorgaréis generosos, voy á tratar de un punto que, por lo simpático, espero que os ha de ser agradable á todos. El tema de mi discurso es el siguiente: *Los bascos en el descubrimiento y colonización de América*. Materia es esta, no para un discurso, que además, por ser mio, y hasta por la premura del tiempo de que he dispuesto para concebirlo y ejecutarlo, tiene que ser por fuerza superficial y ligerísimo; sino para tratada, con la debida extensión, en un libro serio y profundo, escrito con riqueza y variedad de saber de que por desgracia carezco, y con erudición más vasta que la mia.

El pueblo euskalduna fué desde remotos siglos fecundo en esforzados hombres de mar. La pobreza extremada, la casi esterilidad del suelo obliga á estas gentes á volver sus ojos al Cantábrico, y el espectáculo constante del Océano embravecido, la lucha diaria y sin tregua con las encrespadas olas, temple y vigoriza los músculos y la sangre, é imprime en el alma un sello de titánica grandeza. No por oculto es menos admirable el heroísmo de esos hombres que dan soberana muestra del empuje de su voluntad, al no dejarse avasallar ni por el poder tiránico de los elementos, conjurados en contra suya. De esos héroes, que mueren, pero no se rinden, que sucumben, pero no sin atléticos esfuerzos, ha sido madre fecunda la Euskal-erría. Ya en los albores de los tiempos medios vemos á los intrépidos hijos de esta costa recorrer osados los mares del Norte, sin que lo impenetrable de las brumas, ni la furia de las aguas, ni los rigores del clima tengan fuerza bastante para imponerse á ellos y detenerlos en su marcha audaz.

Y es tal su denuedo, y de tal manera se hacen dueños de los Mares boreales, que firman tratados de paz con los Monarcas de Inglaterra, después de luchar con sus naves en reñida batalla; y no contentos con explorar hasta el Mar Báltico, y entablar relaciones de amistad con los habitantes de la Escandinavia, con los cuales comparten el dominio de las heladas y remotas aguas en que se refugian las ballenas, perseguidas y cazadas aún allí por aquellos indomables y bravíos marinos,—tan indomables y bravíos como los huracanes que han azotado su rostro,—se dirigen al Mediodía y al Oriente, atraviesan el Mediterráneo, y no se detienen sin penetrar en los últimos senos del Mar Negro, si hemos de dar crédito á la opinión autorizadísima de Karamsin, historiador ruso de grande y merecido prestigio en su país.

Avanzan los tiempos, y los bascos extienden cada día el círculo de sus empresas marítimas. Y cuando en las postrimerías del siglo XIV, se lanza una expedición española á la conquista de Canarias, no son pocos los euskaldunas que en ella figuran y dan cumplida muestra de su intrepidez y decisión.

Cuando un siglo más tarde se ofrece ante los atónitos ojos de los habitantes del Viejo Mundo el maravilloso espectáculo de un inmenso Continente, surgido de pronto del seno de los mares, como evocado por el conjuro mágico del inmortal Colón, los bascongados ven abierto un campo ilimitado en que desplegar sus fuerzas, y corren presurosos

á alistarse en las expediciones que salen de España para la América recién descubierta.

No queremos sustentar la especie vertida por Gonzalo Fernández de Oviedo, y repetida después por muchos escritores, entre los cuales figura el padre Feyjóo, de que un piloto bizcaino llamado Andalouza reveló al insigne genovés la existencia del Nuevo Continente, á donde, en uno de sus viajes, había llegado aquel, arrastrado, á su pesar, por corrientes incontrastables. Son estas opiniones singularidades más ó menos dignas de tenerse en cuenta, según el juicio que acerca de ellas formule una critica severa y desapasionada; y no creemos que aquella especie pueda resistir á un escrupuloso trabajo de depuración histórica. Aquí no queremos evocar más que hechos positivamente demostrados, porque con solo ellos hay bastante para tejer una espléndida corona á esta tierra nobilísima, cuna de tantos esclarecidos navegantes. Y sin entrar ni por un momento en el dominio de la tradición y de la leyenda, podemos afirmar que ya en aquella flota inolvidable que zarpó del puerto de Palos para extender los límites del planeta y borrar los confines del mundo conocido, iban dos hijos del solar euskaro; y que al año siguiente del descubrimiento, ó sea, en el de 1493, se prepararon en la costa de Bizcaya, con destino á Indias, varios buques, cuyo mando se confirió al lequeitiano Iñigo de Artieda, aunque luego, por órdenes recibidas de los Reyes, marcharon á las aguas del Mediterráneo, á fin de tener á raya la sin igual audacia de los corsarios berberiscos.

Gozaba entonces la gente bascongada fama de ser la mejor y más apta para las empresas de la mar; y así lo declaran autores coetáneos muy graves y sesudos, tales como Antonio de Nebrija en su *Crónica de los Reyes Católicos*, y Pedro de Medina, uno de los patriarcas de la ciencia náutica, en sus *Grandezas de España*. «Los que moraban en el Condado de Bizcaya y en la Provincia de Guipúzcoa, son gente sábia en el arte de navegar, y esforzados en las batallas marítimas y tienen naves y aparejos para ello, y en estas tres cosas eran más instructos que ninguna otra nación del mundo»—dice el primero. «Las gentes de Bizcaya y Guipúzcoa son muy prestas y belicosas. Son la mejor del mundo para sobremar»—afirma el segundo. Por eso no es extraño que se contará con ellos para toda expedición arriesgada, y que ellos mismos se afanaran por tripular las naos que salían con dirección al Nuevo Mundo. Circunstancias especiales contribuían á favorecer este con-

curso de gente bascongada: pocos años hacia que aquí se habían pacificado los bandos oñacino y gamboino, asoladores del país, perturbadores de la paz por largo tiempo. Habíanse los ánimos acostumbrado al pelear diario y sin reposo; y no se hallaban bien avenidos con ninguna especie de trabajo tranquilo y sosegado: hervíales la sangre en las venas, y les era menester dar vado á los belicosos sentimientos que llenaban por completo su alma. Y entonces pudieron satisfacer estas ánsias, sin emplear su denuedo en arrebatar la vida á sus hermanos, sino en la labor, ruda, sí, pero gloriosa en alto grado, de domeñar á los desencadenados elementos, arrancar imperios vastísimos á la barbarie y llevar á todos los confines del Mundo la luz de la civilización cristiana y española. En esta magna empresa tuvieron los bascos influencia grande y honrosa; y á uno de ellos cupo en cierto modo la dicha de completar el plan primitivo de Colón. Quería éste, cuando se dirigió por vez primera á explorar Mares desconocidos, hallar un camino á las Indias Orientales, á las tierras de la Especería, por rumbos opuestos á los que seguían los portugueses. No pudo hallarlo, porque se le interpuso un Continente, aunque él erróneamente creyese lo contrario: sus sucesores prosiguieron la exploración de aquel Mundo Nuevo, y uno de ellos, el insigne Vasco Núñez de Balboa, á quien acompañaba, entre otros, el bilbaino Pedro de Arbolancha, logró la fortuna de descubrir el Mar Pacífico. Y este mismo Arbolancha, como quien más había participado de sus fatigas y debía participar también de sus glorias, fué comisionado por Vasco Núñez para transmitir á la madre pátria la venturosa noticia del descubrimiento.

Se había descubierto ya el mar que conducía á las codiciadas Indias Orientales, cuyo dominio se quería disputar á los portugueses; pero aún se ignoraba por dónde podrían las naves encontrar paso á aquel Océano recién descubierto. Varios fueron los capitanes que se empeñaron en buscar ese camino, pero infructuosamente: el que más se extendió al mediodía, no llegó más allá del Rio de la Plata; hasta que Fernando de Magallanes, varón digno de imperecedero renombre, propuso al Rey de España la organización de una flota que fuera en busca de aquel deseado paso, lo atravesara, y penetrando en el Mar Pacífico, llegase á las tierras de la Especería, realizando así el ensueño dichoso de Colón. Aceptó el Rey la oferta del marino portugués, y se preparó la expedición que salió en 1522 de Sanlúcar de Barrameda, y que, después de sufrir penalidades sin cuento, y luchar con ad-

versidades que espantan, llegó mermaidísima á las que hoy llamamos Islas Filipinas, donde tuvo que batirse con los naturales. Todos los jefes de la expedición fueron muriendo uno á uno; y un bascongado hubo de encargarse del mando, el inmortal, Sebastián de Elcano, cabiéndole así la gloria sin par de ser el primero que midiese la redondez de la tierra

*en una nave dicha la Victoria,
hazaña digna de inmortal memoria.*

La conquista y colonización del Continente americano revela á cada paso el imponderable esfuerzo de la gente bascongada. Apenas hay empresa de importancia en que no figure como uno de los principales factores algún hijo de esta tierra. No se limita su intrépido coraje á recorrer mares desconocidos, y rios, que, por lo anchos y caudalosos, parecen sin márgenes ni fondo. Si no les asustan ni les intimidan los arrecifes, ni los bajíos ocultos, ni los huracanes que convierten la mar en hirviente espuma, tampoco les atemoriza la obscuridad de selvas vírgenes, no alegradas por los rayos del sol, ni la ferocidad de los moradores que en ellas puedan guarecerse.

Recordemos algunos nombres que comprueben la veracidad de nuestro aserto; algunos nombres nada más, porque no hay memoria humana que baste á recordarlos todos. Entre los descubridores más audaces y de más inquebrantable perseverancia figura como uno de los primeros el alabés Pascual de Andagoya, natural del valle de Cuartango, «hombre de noble conversación é virtuosa persona», según el testimonio de Gonzalo Fernández de Oviedo. Los trabajos de Andagoya fueron asombrosos; sus peripecias incontables; su temple de alma sin igual: sirvió a las órdenes del gobernador Pedrarias, y fué el primer regidor cuando en 1521 se dió título de ciudad á Panamá. No se sabe su fin, como no se sabe tampoco el de tantos otros que en aquellos tiempos emularon su valor y su constancia, y pelearon bravamente y con tenacidad casi sobrehumana contra todo linaje de enemigos. «Cada peso nos costaba cien gotas de sangre y doscientas de sudor», decia gráficamente, pocos años después, el conquistador Pedro Valdivia, en carta dirigida al Rey.

Y si Álaba se ufana de contar entre sus hijos á Andagoya, Bizcaya tiene á gala evocar el nombre de Francisco de Orduña Barriga, natural de la ciudad de su nombre, uno de los primeros conquistadores

de Nueva España, y á otro orduñés, Martín Hurtado de Arbieta, que tornó una parte importantísima en la conquista del Perú.

Y Guipúzcoa recuerda á Andrés de Urdaneta, cuyo nombre basta, y cuya aptitud para diversísimas empresas excede á toda ponderación, siendo en el arte de la náutica superior á cuantos á la sazón vivían, si hemos de dar crédito á su contemporáneo Fr. Esteban de Salazar; y á Diego de Ibarra, natural de Elgueta, que, á mediados del siglo XVI, contribuyó poderosamente á la conquista de Nueva Bizcaya; y á Domingo Martínez de Irala, honor de Vergara, que exploró las orillas del Paraná y las tierras paraguayas; y á Martín García de Loyola, que, avencindado en el Perú, tras larga serie de heróicosesfuerzos, se casó con una sobrina del Principe Inca; y á Martín de Zubieta, hijo benemérito de Rentería, famoso entre sus contemporáneos por la profundidad de sus conocimientos cosmográficos, alma de una expedición que en 1581 se organizó en Sanlúcar de Barrameda para el estrecho de Magallanes.

Pero este era nada más que un aspecto de la conquista: aquel por el cual se relacionan tales empresas con el carácter aventurero que siempre ha distinguido á los nacidos en esta fragosa región. El otro aspecto, aquel que sirvió para que demostraran los bascos su profundo sentido de la realidad, es el que se refiere á la consolidación de las conquistas hechas, á la fundación de ciudades y á la administración pública. También en esta labor, menos brillante, pero seguramente más fecunda que la otra, cubriéronse de gloria los hijos del país euskaro. Basta recordar á Legazpi, cuya honradez ejemplar y dotes de buen gobierno, bien probadas en México, le hicieron acreedor al nombramiento de Adelantado mayor de las islas Filipinas, que él, siguiendo con admirable docilidad los sabios consejos de Urdaneta, agregó á los dominios de España; á D. Bruno Mauricio de Zabala, hijo de Durango, que fundó á Montevideo; á Juan de Garay, que fundó á Buenos-Aires; al Licenciado Echeگویan, bizcaino, que desempeñó con pureza y rectitud el honroso cargo de Oidor de la Chancillería de la Isla Española, durante las presidencias de Alonso de Angula, del licenciado Alonso Díaz de Herrera y del doctor Vera, y envió á la Metrópoli una muy curiosa é interesante descripción de aquella isla; descripción hoy publicada á la cabeza de la *Colección de documentos inéditos del Archivo de Indias*; y á tantos otros cuya enumeración se haría inacabable.

Decidió la colonización del Continente americano otra acción social más alta, mas noble y más sobrehumana en que tampoco dejaron de brillar y magnificar su nombre los hijos de la Euskal-erria. Esta acción social es la ejercida por los que llevan el bendito nombre de misioneros, los cuales, a la par que difundían por aquellos extensísimos países el beneficio de Cristo, se constituían en amparo y defensa de los desvalidos, y en protectores natos de la libertad de los indígenas, aún cuando para ello tuvieran que luchar con las pasiones desbordadas de aventureros engreídos por la fortuna. La influencia civilizadora de aquellos hombres nunca será bastantemente alabada. ¡Quién pudiera ahora elogiar dignamente á Fray Juan de Zumarraga, timbre de la Orden Seráfica, honra y prez de Durango, donde vió la luz de la vida, primer arzobispo de México, que todavía recuerda, entre aplausos y bendiciones, su fecundo apostolado! No hace muchos años que un escritor nada sospechoso de parcialidad en pró de las ideas que sustentó Zumarraga, ha dedicado á la memoria de éste un entusiasta ditirambo, que transcribiríamos gustosos, si el lugar y ocasión presente lo consintieran! Hombres como Zumarraga no son solamente honra del pueblo en que nacieron: lo son de la provincia, del país y de la Nación que tales hijos produce, y de la Orden que tales varones educa. Emulo del célebre Obispo de Chiapa Fr. Bartolomé de las Casas en su celo por el bienestar de los indios, Zumarraga los trató siempre con benevolencia de padre, haciéndose acreedor á las encarecidas alabanzas que hoy le consagra la posteridad. Pero la gloria de Zumarraga, con ser tan grande, no es la única que podemos invocar en favor nuestro: otros misioneros hay que reclaman nuestra atención, como Fr. Andrés de Urdaneta, de quien hemos hecho mención más arriba en otro concepto, y que como eximio evangelizador de los indios mereció los entusiastas elogios que le tributó Grijalva; y Fr. Bartolomé de Olmedo, que si no está demostrado que naciera en este país, llevaba en sus venas sangre bascongada, pues su apellido era Ochayta, y su padre, el doctor Ochayta, médico famoso, natural de Durango, según consta de una *Crónica de la Orden de la Merced*, escrita por Fr. Melchor Rodríguez de Torres. La influencia de Olmedo fué decisiva en la conquista de México: él aconsejó á Hernán Cortés en todos los casos arriesgados y difíciles, revelando en sus consejos una discreción extremada y un buen sentido verdaderamente práctico y verdaderamente cristiano. Si careciéramos de otras glorias esplendoro-

sas, podríamos apropiarnos la de Fr. Bartolomé de Olmedo, recordando aquella célebre frase: «Si no vencimos reyes moros, engendramos quien los venciese», porque aún cuando resultase que no vió la luz de la vida en el solar euskaro, bascongada era su sangre, y bascongado su carácter, denodado y desconocedor del peligro cuando la ocasión lo exigía, sesudo y práctico cuando había que guiarse más por la reflexión serena que por los impulsos del corazón.

Mas ni aún con esto queda agotada la actividad de la gente euskalduna, que hasta en la literatura y el arte americano, dejó sentir su poderosa influencia. No citaré más que tres nombres. Sea el primero de ellos el de Alonso de Ercilla, natural de Madrid, pero oriundo de Bermeo donde se yerguen

*los anchos muros del solar de Ercilla,
solar antes fundado que la villa,....*

quien,

tomando ora la espada, ora la pluma,

luchó denodadamente en Arauco, para convertirse luego en inspirado y robustísimo cantor de aquellas bizarrísimas campañas. Sea el segundo nombre el de la famosa monja de México sor Juana Inés de la Cruz, conocida por la décima Musa, hija de padres bascongados, no lega en el idioma de Aitor, según se desprende de una poesía suya fácil y donosísima en extremo; mujer de ingenio singular, admirada por muy doctos jueces, que la colmaron de elogios. Y sea el último nombre el de Baltasar de Echave—no por sus ya raros *Discursos de la antigüedad de la lengua cántabra bascongada*, en que sobre los primitivos habitantes de España se exponen ideas que serán más ó menos aceptables, y yo no las aceptaré en su integridad, por más que, andando los tiempos, viniera á acogerlas nada ménos que Guillermo de Humboldt, uno de los hombres de ciencia más profundos y universales que nuestro siglo ha conocido—sino por ser cabeza de una escuela pictórica mexicana, no indigna de mención, y que antes de ahora ha merecido alabanzas de muy competentes críticos, según los cuales, Echave, que había sido iniciado en el cultivo de este arte por su esposa, zumayana como él, debía distinguirse por cierta pureza prerafaélica, por cierta manera espiritual de pintar los asuntos sagrados, manera que recientemente trató de resucitar Overbeck, aunque sin éxito.

Y séame lícito, aun cuando para ello me ved obligado á extender los límites de mi trabajo, recordar aquí la aureola que circunda la

frente de un bascongado, que trató de uno de los problemas más interesantes planteados por el descubrimiento de América, ó sea, el de la esclavitud de los indios. Juan Ginés de Sepúlveda, aristotélico impenitente, filólogo y humanista más que conocedor de la ciencia social, más atento en suma á la letra de Aristóteles que á las enseñanzas de la vida, discutía con el célebre Fr. Bartolomé de las Casas acerca de este transcendentalísimo problema de la esclavitud de los indios, defendida por Sepúlveda, briosamente combatida por el Obispo de Chiapa. Y entonces se alzó grave y majestuosa la voz del dominico y catedrático alabés Fr. Francisco de Vitoria, Sócrates de la teología, maestro egregio de Melchor Cano, y con aquella serena moderación científica que no le abandonó nunca, sostuvo los fueros de la verdad y la libertad de los indios, á quienes consideraba con plenísimo derecho a gozar de sus propiedades. La influencia de Fray Francisco de Vitoria fué extraordinariamente profunda en sus contemporáneos, y hoy la posteridad ha venido á considerarle como precursor de Hugo Grocio y padre y fundador de la ciencia del derecho internacional, en ocasión tan solemne como el Centenario de Alberico Gentili, celebrado en 1876.

¡Honra y prez inmarcesible á tan ilustres hijos del solar euskaró! Y si es innegable que algunos de los que, procedentes de esta región, fueron á habitar en el suelo americano, mostraron en ocasiones insintintos de rebeldía insensata, y se convirtieron en paladines de malas causas, también es cierto que esas defecciones no vienen á ser sino gotas de agua que se desvanecen en el rio caudaloso formado por las glorias que alcanzó la Euskal-erriaen el continente descubierto por Colón. Y si aún hoy extendemos nuestra mirada por el Nuevo Mundo, hallaremos donde quiera apellidos ilustres que denotan oriundez euskara, como los Eizaguirres, los Errazuriz, los Vicuñas, los Aranas, y los Amunateguis en Chile, los Urdanetas en Venezuela, los Unanues y los Goicoecheas en el Perú, y en México un Icazbalceta, que es honra de las ciencias históricas y de la literatura hispano-americana. Y nos cabe la satisfacción dulce, íntima y verdaderamente envidiable de que uno de los más insignes literatos venezolanos de nuestros días, el Doctor Aristides Rojas, haya juzgado la obra de nuestros padres con frases tan benévolas como las que voy á leer, para cerrar con llave de oro este desaliñado trabajo. «Fueron los bascos los que, al desaparecer como centro comercial, introdujeron en Venezuela el añil tintóreo,

que cultivaron con buen éxito; fueron ellos los primeros plantadores del algodón y de la caña de azúcar, y los que continuando en su labor civilizadora hasta el fin de sus días, dejaron á sus hijos por herencia provechosa las virtudes del hogar y el amor al trabajo y á la pátria. Algo hay más grande que la riqueza y el cultivo de la tierra, y más que la gloria y las vanidades del mundo: ese algo es la familia. La familia en el sentido general, la patria, y la familia en el sentido íntimo, el hogar; esa es la gran virtud del basco en todo tiempo y país. Por eso la mayor parte de las familias que tienen entre nosotros este origen conservan esas costumbres austeras de los tiempos pasados, la tenacidad en el cumplimiento del deber, la honradez en el trato y hasta rigidez en sus opiniones, herencia de sus mayores».—HE DICHO.

CARMELO DE ECHEGARAY.



(1) ARISTIDES ROJAS. *El elemento basco en la historia de Venezuela.*